

MEDITACION CCLXVII.

PARÁBOLA DEL SIERVO MALVADO QUE NO VELA.

(Math. xxiv, 48-51).

DE LA MUERTE DEL PECADOR.

«Pero si aquel siervo malo dirá en su corazon: Mi señor se tarda en venir; y empezare á castigar sus conservos, y á comer y beber con los que se embriagan, vendrá el señor de aquel siervo en el dia que no espera, y á la hora que no sabe, y le separará y pondrá entre los hipócritas: allí será el llanto y el crujir de dientes...» ¡Qué miserable situacion es la de la muerte del pecador!... 1.º La memoria de lo pasado le turba; 2.º la sorpresa de la muerte lo desespera; 3.º la hipocresía corona su reprobacion.

PUNTO I.

La memoria de lo pasado lo turba.

1.º *La memoria de sus placeres, cuya dulzura no puede ya gustar...* Riquezas, honras, autoridad, poder, regocijo, divertimientos, conversaciones, teatros, comedias, delicias y gustos, todo ha pasado: á todo esto sucede el abatimiento, la tristeza, el disgusto, la debilidad, la vigilia, el dolor, los gritos y mortales inquietudes. ¡Ah! ¿quién soy yo, y quién he sido? ¿Dónde están aquellos que me adoraban, que me admiraban, que me buscaban? Todos huyen de mí, todos se apartan, ninguno cuida de mí, ya ninguno piensa en mí, todos me abandonan¹.

2.º *La memoria de sus pecados, cuya vista no puede evitar...* Los olvidaba luego que los cometía, no tenia de ellos algun escrúpulo, los miraba como cosas de poco momento, hacia de ellos aplauso, se gloriaba y aun se justificaba; pero ahora todos estos mónstruos, como adormecidos en el fondo de la conciencia, se despiertan de una vez; todos juntos se presentan con cuanto tienen de vil, de vergonzoso, de infame, de injusto, de inhumano, de impío, de enorme y de escandaloso, y forman el espectáculo mas horrendo, el mas hediondo, el mas importuno y el mas gravoso que sea posible imaginarse. Hé aquí, pues, lo que son, y cuál es el estado de mi alma. Hé aquí el estado en que muero, en el que compareceré en el último dia, y en el que estaré por toda la eternidad².

3.º *La memoria de un Dios ofendido, cuyos golpes no puede evitar...* Se burlaba de cualquiera que le hablaba de Dios, de su ley, de sus juicios: trataba con desprecio á los que temian ofender á Dios,

¹ I Mach. vi, 11. — ² Ibid. 12.

y le ofendia él mismo como un hombre que no tiene algun temor, ni tiene á quien temer. ¿Y dónde está ahora aquel tono de severidad y de desprecio? ¡Ah! va gritando, ahora conozco que hay un Señor superior á mí¹: él es el que me oprime bajo su mano omnipotente, que me para á la mitad de mi carrera, que llena de amargura mi alma, que desmenuza mis huesos á fuerza de dolores, y atormenta mi cuerpo con suplicios los mas crueles y mas insostenibles. ¡Ah! si me trata aquí en la tierra en una manera tan cruel sin que pueda resistirle, ¿qué será de mí en el otro mundo, en aquel lugar tan extraño para mí donde estoy al punto de entrar? ¡Ay de mí! ¿en qué vendré á parar? ¿Dónde estoy yo para caer?

PUNTO II.

La sorpresa de la muerte lo desespera.

«Vendrá el señor de este siervo en el dia que él no lo espera y en la hora que él no sabe...» En esta muerte que lo asalta de una manera tan repentina, tan improvisa, tan poco esperada, descubre él tres errores que han causado su desventura, y harán su desesperacion.

1.º *Primer error sobre la duracion de su vida...* No creia morir tan presto. Se lisonjeaba de vivir una larga vida, y esta necia idea le ha hecho dar el falso paso de abrazar el partido de los vicios, cuyas dulzuras esperaba gozar por largo tiempo, y de abandonar el camino de la virtud, cuyo rigor no creia poder sostener por tan largo tiempo. Pero este largo tiempo era una quimera. La mas larga vida se halla breve cuando ya se está al fin, y la muerte con sus sorpresas procura tambien abreviarla.

2.º *Segundo error sobre sus resoluciones para los últimos tiempos de su vida...* Creia que hácia el fin de su vida vendria un tiempo en que disgustado del mundo y del pecado hallaria menor dificultad en practicar la virtud. Este era el tiempo que reservaba para una sincera conversion y para una vida fervorosa, constantemente resuelto á poner (como se suele decir) un intervalo entre la vida y la muerte: muchas veces tambien habia fijado el tiempo preciso; cuando estaré en tal estado, en tal situacion, en tal edad. El estado, la situacion, la edad ha llegado; pero el gusto por el placer se ha encontrado tan fuerte y aun mas que antes: ha dilatado el negocio para otro tiempo, de este á otro, y finalmente la muerte, con quien

¹ I Mach. vi, 13.

no se puede hacer algun pacto, y que no habia firmado todas estas diligencias, ha desconcertado el proyecto : ella ha llegado, y ya no hay intervalo que esperar.

3.º *Tercer error sobre sus disposiciones al tiempo de la muerte...* Creia que á lo menos en su muerte, aun cuando le quedase solo un instante, podria fácilmente volverse á Dios ; que la necesidad de morir y de dejarlo todo seria tambien para él una necesidad de renunciar al pecado, y de no seguir ya sino es á Dios. Pero ahora experimenta todo lo contrario. La manera violenta con que viene á apartarlo de sus placeres le hace conocer mas que nunca cuán pegado estaba su corazon á ellos. Quiere levantarse hácia Dios, y no encuentra otra cosa en su propio corazon que dureza, insensibilidad, odio y aversion : no puede sufrir la vista del Crucifijo, aparta de él los ojos. En vez de aquel *peccavi, he pecado*, del buen ladrón, que habia creído poder pronunciar fácilmente, su corazon está lleno de blasfemias que se le salen de cuando en cuando de la boca, como al mal ladrón. Si le hablais de Dios, parece sordo y mudo, y enteramente os detesta... Si le hablais de confesion, responde que no puede. Acaso cree que no está en ese estado por causa de la enfermedad ; pero conoce muy bien que no puede por falta de sentimientos y de voluntad. Está interiormente despedazado y consumido de la mas horrible desesperacion... Esto se acabó, dice entre sí, yo soy condenado : es muy grande mi iniquidad, ha perseverado mucho tiempo para que yo merezca algun perdon¹. Tal vez implora en alta voz las misericordias del Señor : pide gracia de la vida y hace las mas bellas promesas ; pero estos son los últimos gritos de un desesperado moribundo, reprobado de Dios y condenado al infierno. Infeliz y desgraciado juguete de los demonios y de tus pasiones, hé aquí en lo que has venido á parar por no haber querido escuchar este aviso de tu Salvador : «Velad, estad preparados, porque no sabeis ni el dia ni la hora...»

PUNTO III.

La hipocresia completa su reprobacion.

«Lo separará, y le dará lugar entre los hipócritas...» El pecador ha sido un hipócrita toda su vida, y lo será tambien en su muerte.

1.º *Hipocresia que los hombres no conocen...* El enfermo ruega al médico y á los que lo sirven que le avisen cuando lo crean en pe-

¹ Genes. iv, 13.

ligro. Pero si se siente el miserable con una conciencia desconcertada, si tiene un deseo sincero de volverse á Dios, ¿por qué esperar á estar en peligro? ¿Por qué no mandar que luego y antes del peligro se llame al sacerdote? ¿Y cuántas veces ha sucedido que el médico y los otros se han engañado, y que la muerte ha llegado antes que se dudase del peligro? Pero al fin se le avisa al enfermo, y él responde que no está aun en tal estado, que se engañan, que él se conoce y sabe cómo se siente. No obstante esto, á fuerza de importunidad, se logra que venga un confesor ; se confiesa, se comulga para no ser mirado como un impío. Los hombres están satisfechos ; esto es todo lo que él queria. Entre tanto Dios lo separa de los hombres á quienes ha querido agradar, lo separa de este mundo, separa su alma de su cuerpo, lo juzga, y lo reprueba.

2.º *Hipocresia que la Iglesia no examina...* La Iglesia no ve lo interno, y no puede juzgarlo ; solo juzga de lo externo. Vuela esta luego á socorrerlo como á uno de sus hijos : cualquier escándalo que haya dado durante su vida puede aun hallar gracia para con Dios lleno de misericordia. Estos infelices dicen que están arrepentidos ; ella los cree, y les administra sus Sacramentos. Si estos la engañan, ella no extiende su juicio sobre su hipocresia ; los supone como deben ser, y les da todos los socorros que pueden recibir. Aun cuando por su culpa hubiesen perdido la ocasion de recibir los Sacramentos, esta tierna Madre los excusa, supone que han logrado un buen momento antes de morir, y no deja de dar á su cuerpo la sepultura entre los fieles y de ofrecer por su alma el sacrificio de propiciacion. Los fieles, bien que temblando, unen tambien sus oraciones, y tienen léjos en cuanto pueden toda idea que pueda deshonrar al difunto, y solo hablan de su muerte con otra tanta circunspeccion y caridad como terror.

3.º *Hipocresia que Dios no ignora...* Aquel que examina los corazones no puede engañarse... El corazon hipócrita del moribundo, aun cuando estuviere cubierto de las mas especiosas apariencias, y escondido bajo el velo mas edificativo, Dios lo ve, y nada puede huir de su vista ni de su justicia... Dios, aquel Dios justo y terrible, ha dado su juicio. La Iglesia coloca el cuerpo de este pecador entre los cuerpos de los fieles, y Dios ha separado para siempre el alma de la compañía de los Santos. Mientras la Iglesia ofrece aun por él sus oraciones, este hipócrita infeliz está ya con los otros hipócritas en el fuego eterno, donde no hay otra cosa que llanto y rechinar de dientes.

Petición y coloquio.

¡Oh funesta separación! ¡oh muerte infeliz! ¿Quién no temerá por sí mismo? ¡Ah! lejos de mí, ó Señor, una tan deplorable suerte. Léjos de mí, ó Dios mio, el vivir mas largo tiempo en el olvido de vuestra ley, en el abandono de mis obligaciones, sin pensar en la muerte y en vuestro juicio. Dad fuerza, ó Jesús mio, con vuestra gracia á la resolución que tomo en este momento de prepararme incesantemente y con la mas exacta vigilancia para vuestra venida. Amen.

MEDITACION CCLXVIII.

MEDITACION DE LA PARÁBOLA DEL PORTERO.

(Marc. xiii, 33-37).

EJERCICIO DEL AMOR DE DIOS.

1.º En qué consiste este ejercicio; 2.º á qué edad conviene practicar este ejercicio; 3.º á qué personas conviene este ejercicio.

PUNTO I.

En qué consiste este ejercicio.

«Estad atentos, velad y orad, porque no sabéis cuándo será el tiempo. Así como un hombre que partiendo para un país distante dejó su casa, y dió á sus siervos potestad de hacerlo todo, y ordenó al portero de estar en vela...» Todos comprenden que el Salvador elevado ya al cielo es este hombre que ha partido; que la casa que ha dejado en custodia á sus siervos es la Iglesia; que los fieles son los siervos que deben trabajar, y los pastores el portero que debe velar. Pero como nosotros no damos aquí documentos á los pastores, que saben muy bien dárselos á sí mismos, y que por otra parte la obligación de velar mira á todo el mundo, apliquemos esta parábola á nosotros mismos. Nosotros somos la casa que pertenece al Señor; todas nuestras potencias, todas nuestras facultades son como sus siervos que deben trabajar por él. Pero es necesario un portero que tenga cuidado de velar sobre la casa y sus siervos, de tenerlo todo siempre en orden, y de estar pronto á abrir en el punto que vendrá el señor. ¿Á quién podemos nosotros fiar mejor este importante empleo que al amor de Dios?... Démosle, pues, este oficio, y conservémoslo en él, y verémos que todo se hará con una exactitud y una facilidad admirable.

1.º *Á él toca guardar todas las puertas... «Velad...»* Debe cuidar que nada entre y que nada salga de casa sino para el bien y para el servicio del señor. Si guarda nuestros ojos, fácilmente se cerrarán á los objetos engañosos, vanos y peligrosos, á los objetos de pura curiosidad, de disipación, y no se abrirán sino á los objetos piadosos ó necesarios para el trabajo, para las obras de caridad, para la lección de libros devotos, y para derramar lágrimas de penitencia. Discurramos así, y recorramos todos los otros sentidos externos é internos, nuestro espíritu, nuestra imaginación y nuestro corazón: pongamos en ellos por centinela el amor de Dios, y todo estará bien guardado.

2.º *Á él toca examinar lo interior de la casa, y ver todo lo que en ella sucede... «Estad atentos...»* Mirad, examinad, haced este exámen dos veces al día, ó á lo menos todas las noches. Si el amor hace este exámen, nada se escapará á sus diligencias. El deseo de agradar teme, y lo examina todo. Examinará si todas las obligaciones se han cumplido, y cómo; si ha entrado ó ha salido alguna cosa contra sus órdenes, y que haya eludido su vigilancia; recorrerá todos los ángulos y escondrijos de la casa, todos los secretos del corazón. Basta un poco de inmundicia, una cosa que haya de mas, que falte ó que no esté en su lugar, para desconcertar la mas bella estancia: él proveerá á todo. Una sola chispa de un fuego impuro, de amor, de odio ó de cólera puede ocasionar un incendio que difícilmente se podrá apagar; pero él tendrá cuidado de apagarlo. Una sola omisión, una negligencia, un pecado venial, un principio de hábito vicioso, de mala inclinación, puede ocasionar una total ruina; pero él lo reparará todo. ¡Ah! ¡cuántos magníficos y sólidos edificios se han conmovido y se han caído por semejantes desatenciones! ¡Cuántas virtudes se han sofocado al nacer! ¡Cuántas almas fervorosas despues de haberse descuidado algun tiempo, han dado caídas de que no se creían capaces! Estemos, pues, atentos: no dejemos jamás este exámen, y hagámoslo con los ojos y con la solicitud propia del amor.

3.º *Á él toca esperar la venida del señor... «Orad...»* El amor es el que sabe orar y suspirar, atender con una santa impaciencia, llamar con sus gemidos, nutrirse de esperanzas, y consolarse con sus lágrimas. Venid, ó amado y suspirado Señor. ¿Me dejaréis Vos siempre desfallecer en este lugar de destierro y de miseria? Os veo, es verdad, os recibo bajo los velos de vuestro Sacramento; esta es mi sola consolación, el único apoyo de mi vida. Pero ¿cuándo os

veré claramente y os poseeré sin temor de perderos? Sostenedme hasta aquel día, no permitais que lo olvide y omita en mí la mas mínima cosa. Vendrá aquel día, sí, vendrá: acaso está vecino, y he llegado al término de mis deseos. ¡Día feliz, feliz momento! ¡cuán deliciosa me es vuestra sorpresa! Ya me parece sentírmelo anunciar, y que se me diga: miralo, que llega, él es. ¡Ah! ¡cuál sería mi júbilo! ¡Qué felicidad para mí, qué triunfo! Así justamente ora el amor, vela y espera á su Señor. Y cuando el Señor llega le abre con tales demostraciones, que se hacen públicas y no pueden esconderse.

Pero diréis, es necesario ser santo y bien fervoroso para tener estos sentimientos. Abandonaos al amor, seguidlo, hacédlo señor y dueño de todo, y vos los tendréis. Pero debe esto costar mucho á la naturaleza para escuchar solo el amor divino. ¡Ah! ¿luego no lo conocéis é ignorais lo que él puede?... Sí, él domará en vos la naturaleza; pero lo hará con una dulzura que os hará su victoria llena de amabilidad y de delicias. Por otra parte, la ventaja de una santa muerte y vuestra eterna salvacion, que serán sus consecuencias, ¿no bastan por ventura para recompensaros un poco de la violencia que os costará al principio? ¿Quereis acaso más exponeros á las inquietudes de una muerte dudosa, ó á las amarguras eternas de una muerte en el pecado?

PUNTO II.

Á qué edad conviene practicar este ejercicio.

1.º *Á toda edad, porque en toda edad se puede morir...* «Velad, pues, porque no sabeis cuándo vendrá el señor de casa: si á la tarde, si á media noche, si al canto del gallo, si á la mañana...» Nuestra vida, aun la mas larga, no es sino una breve noche, despues de la cual viene el gran día de la eternidad. El Señor debe venir en el curso de esta noche. Pero ¿á qué hora vendrá? Esto es lo que no sabemos. Se muere, y hemos visto morir en toda edad, en la infancia, en la juventud, en una edad mas madura, en la edad viril y en la vejez. Cada edad tiene sus enfermedades particulares, y está sujeta á los accidentes comunes. Si comenzando á vivir supiésemos que no debemos morir sino en la vejez, podríamos descuidarnos, bien que no debiésemos; pero no sabemos en qué edad debemos morir: luego debemos velar en toda edad, y estar prontos. En cualquiera edad, pues, que vos ahora os halleis, comenzad á

poner en orden vuestra conciencia y á vivir una vida santa, porque no sabeis si tiraréis muy á la larga, ó hasta dónde llegaréis. Habríaís podido morir mas presto: vos habeis visto morir otros mas jóvenes que vos. ¿Qué sería de vos si hubiérais muerto en su edad? ¿En qué estado os hallaríaís? ¡Ah! estaríaís ahora acaso perdido sin remedio. Ya por ventura lo están algunos de aquellos. ¡Qué bondad de Dios para con vos! Se lamentan de esto los réprobos. ¿Y vos? Vos abusais de ella. Si Dios quisiese volverles la vida, ¿qué pensais que harian? Pero lo que Dios á ellos niega os lo concede á vos. ¿Qué uso, pues, conviene que hagais de ella?

2.º *Á toda edad, porque en toda edad el Señor es el dueño de la casa...* Es el dueño, porque él la ha hecho, la ha formado y la conserva. Es el dueño, y tiene derecho á que esta casa esté solamente empleada en su servicio, á que todo en ella esté sujeto á sus leyes, á que todos los miembros y todos los sentidos del cuerpo y todas las facultades del alma lo reconozcan, le obedezcan y le rindan homenaje. Es el dueño de la casa, y tiene derecho de venir á ella siempre que le agrade; y vendrá cuando él mismo lo determine, sin pedir os vuestro parecer y sin advertiroslo; y si halla su casa desconcertada, súcia y profanada, la condenará al fuego, echará en las llamas vuestro cuerpo y vuestra alma, sin que vos tengais razon de lamentaros ni quejaros sino de vos mismo, que os habeis creído ser el dueño sin haber querido reconocer otro.

3.º *Á toda edad, porque en toda edad podemos ser sorprendidos en pecado...* «Velad... porque viniendo improvisamente no os halle «dormidos...» ¿Cuántos ha encontrado él de este modo dormidos en el seno del pecado? El pecado es de toda edad: conviene, pues, velar en toda edad para no caer en él, para no perseverar en él, para no complacerse y para no adormecerse en él. Porque si una muerte repentina, un accidente imprevisto ó una enfermedad precipitada os sorprende y os arrebata del mundo, mientras estais en estado de pecado y adormecidos de este fatal sueño, ni las violentas pasiones de la juventud, ni los negocios importantes de la edad madura, ni las graves enfermedades de la vejez os podrán excusar, porque estando en toda edad inclinados al pecado, en toda edad conviene velar. Velad, pues; y si hasta ahora no lo habeis hecho, comenzad. Si sois joven, no es demasiado presto, y es justamente el tiempo; si sois viejo, no es demasiado tarde, y es aun tiempo. Sobre la tierra y en el cielo teneis ejemplos de personas que han comenzado á velar en toda edad. Sobre la tierra y en el infierno te-

neis ejemplos de personas sorprendidas en el sueño del pecado en toda edad. ¿Os determinais acaso á seguir á los últimos? ¡Ah! imitad antes bien á los primeros; lo podeis hacer aun tarde ó presto, despues no lo podréis.

PUNTO III.

Á qué personas conviene este ejercicio.

Á toda suerte de personas... «Y lo que digo á vosotros, lo digo á todos: velad...» ¿Por qué á todos?

1.º *Porque la obligacion de evitar el pecado y los peligros de cometerlo son comunes á todos...* Hay un solo Dios, un solo Señor, una ley sola, un solo Evangelio. Cada uno en su estado debe observar los preceptos de la fe, de la religion, de la pureza, de la justicia, del amor de Dios sobre todas las cosas, del prójimo como á sí mismo, y conservar su corazon exento de todo pecado; y supuesto que todo esto no se puede hacer sin atencion y vigilancia, todos deben velar, tanto el mundano, quanto el religioso. Cada uno en su estado tiene sus dificultades, y está expuesto á los peligros de perder la gracia. La carne, el demonio, el mundo, las pasiones por dentro, y los objetos por fuera, todo solicita al pecado, y ninguno está exento de tentaciones. Todos, pues, deben velar y estar atentos, tanto el religioso, como el mundano.

2.º *Porque la certidumbre de la muerte y lo incierto del tiempo de la muerte es igual para todos...* Hay sola una sentencia de muerte pronunciada contra los hombres, que los comprende á todos con una igual certidumbre. Si fuesen solamente las personas religiosas ó devotas las que debiesen morir, ó si los pecadores y los mundanos tuviesen el privilegio de ser avisados y advertidos del tiempo de su muerte, se podria acaso excusar el sueño y la negligencia de estos; pero supuesto que todos deben morir, que todos ignoran igualmente el tiempo, el modo y las circunstancias de su muerte, supuesto que la muerte igualmente sorprende al mundano que al religioso, al grande que al pequeño, al rico que al pobre, al libio que al fervoroso, al libertino que al devoto, al pecador que al justo; todos deben igualmente velar, todos deben estar preparados; y ¡ay de cualquiera, de cualquiera clase ó de cualquiera condicion que sea, que vive un momento en estado de pecado mortal!

3.º *Porque la importancia de las consecuencias de la muerte es la misma para todos...* Para todos hay una muerte y un juicio ¹. (El

¹ Rom. ix, 27.

juicio particular y el general en cuanto á la decision forman un juicio solo). Solo hay una eternidad: un paraíso ó un infierno. No hay miramiento alguno, no hay distincion para el hombre del mundo, para el hombre de cualidad, para el rico, para el poderoso, para el militar, ni para el eclesiástico, ni para el religioso. El que se hallará en estado de gracia, á la muerte será admitido en la morada de los justos por una eternidad. El que se hallará en estado de pecado, en la muerte será admitido con los condenados á los suplicios eternos del infierno por una eternidad, sin mitigarle nada de pena, sin remedio y sin esperanza.

Peticion y coloquio.

Ó Dios, ¡qué terrible consecuencia! ¡De un momento depende una eternidad, y este momento lo ignoro, me está oculto, y no tiemblo, y no velo!... ¿Puedo por ventura creerme en seguridad ó exento de velar? ¡Ay de mí! ¡qué cosa, pues, es mi vida! ¿Quién puede salir fiador por mí? ¡Ah! ya no lo difiero mas, ó Señor; quiero mas que nunca estar atento á cuanto mira á mi salvacion, para comparecer delante de Vos con confianza en cualquiera hora que vengaís á mí, ó me llamáreis á Vos. Amen.

MEDITACION CCLXIX.

PARÁBOLA DEL LAZO.

(Luc. xxi, 34-38).

PRÁCTICA DE LA VIGILANCIA.

1.º De lo que debemos evitar para no ser sorprendidos; 2.º de los pensamientos que habitualmente nos deben tener ocupados para no ceder al sueño; 3.º de lo que debemos hacer para mantenernos vigilantes.

PUNTO I.

De lo que debemos evitar para no quedar sorprendidos.

«Velad sobre vosotros mismos, no sea caso que vuestros corazones sean oprimidos de la crápula, y de la embriaguez, y de los cuidados de esta vida, y repentinamente os sobrevenga aquel dia, «porque será como un lazo que caerá sobre todos aquellos que habitan sobre la superficie de la tierra...» Para no ser sorprendidos se han de evitar tres cosas:

1.º *Los placeres de los sentidos, que entorpecen el alma y le quitan el sentimiento...* El que pone su felicidad en los placeres de los sen-

tidos, en las delicias de la mesa y en los deleites de la carne es aquel hombre animal de quien habla san Pablo ¹, que nada absolutamente comprende de las cosas de Dios. Una religion, una revelacion, una otra vida le parecen quimeras: la atencion de purgar y purificar su conciencia, de evitar el pecado, de mortificarse, de privarse de todo aquello que podria desagradar á Dios la mira él como una necedad, como una supersticion. ¡Ah! su alma sepultada en sus sentidos no puede ver mas allá. ¿No se hallan acaso tambien filósofos, grandes habladores, calculadores profundos, que en las maravillas de este mundo visible ni reconocen la sabiduría, ni la potencia, ni la majestad del Criador, y que no ven otra cosa que una materia tosca, ciega, arrojada solo del caso? ¿Qué se ha de hacer con estas almas de lodo? Si no comprenden las verdades naturales que tienen alguna relacion con Dios, ¿qué cosa podrán comprender de las verdades sobrenaturales? *Velad, pues, sobre vosotros mismos*, y para no caer en esta ceguedad comenzad por el domar vuestros sentidos; reducid vuestro cuerpo á una esclavitud, tenedlo solo como un esclavo de quien pretendéis servicio, trabajo y obras de penitencia. El cuerpo no es bueno para otra cosa sino para esto, y para esto se os ha dado.

2.^a *Los cuidados del siglo, que poseen el corazon y sofocan todos los buenos deseos...* La fortuna y la ambicion forman estos cuidados del siglo á que los hombres se abandonan. Luego que el corazon se deja llevar del deseo de hacer fortuna y de engrandecerse, queda de tal suerte poseido de él, que este deseo sofoca en él todos los deseos de santificarse, de purificarse, de crecer en gracia y en mérito, y de conservar su alma exenta del pecado, y siempre preparada á comparecer delante de Dios. Ninguno obtiene jamás su intento en lo que obra, sino con aplicarse constantemente; y ninguno se aplica jamás constantemente, sino á lo que ardientemente desea. El deseo de las cosas de la tierra y el deseo de las cosas del cielo son tan opuestos quanto lo es su objeto. El que desea ardientemente el cielo, y vive incesantemente en esta expectacion, no puede tener un cuidado grande por los bienes de la tierra; y el que desea ardientemente los bienes de la tierra no puede vivir continuamente en la expectacion de los bienes celestiales. Luego, en cualquier estado que vosotros esteis, *velad sobre vosotros mismos*, y en orden á los bienes de la vida presente, vivid sin inquietud y sin deseo. Contentaos con lo que teneis, y hacedlo servir en cuanto podais para aumentar

¹ I Cor. II, 14.

vuestras buenas obras. Cumplid las obligaciones de vuestro estado con toda la atencion posible, y hacedlas servir en cuanto podais á vuestra salvacion; pero no lleveis mas adelante vuestras inquietudes y vuestros deseos.

3.^a *Las ocupaciones demasiado continuas, que disipan el espíritu y hacen perder todo el tiempo...* Por inocentes que sean las ocupaciones, como el trabajo y el estudio, y aun cuando fuesen tambien santas de su naturaleza, como las obras de caridad y de celo, nos debemos guardar de que sean continuadas por demasiado largo tiempo, de que su ejercicio sea excesivo, y disipen el espíritu, y que no dejen tiempo para reflexionar sobre las verdades eternas, y para estar bien preparados para aquel dia imprevisto que sorprende á las veces á aquellos mismos que han exhortado á los otros á no dejarse sorprender. No os apliqueis, pues, jamás á ocupaciones que os quitarían el tiempo de atender á la oracion, á la meditacion, á la leccion espiritual y al exámen. Lo que la necesidad puede alguna vez haceros omitir en un tiempo, suplido en otro. Pero ¡oh cuánto mas culpables seriais si faltáseis á estos santos ejercicios llevados solo del ocio!

PUNTO II.

De los pensamientos que deben habitualmente tenernos ocupados para no dejarnos vencer del sueño.

«Velad, pues, en todo tiempo, orando para que seais hechos dignos de evitar todas estas cosas que deben suceder, y de estar delante del Hijo del hombre...» Tres pensamientos deben estar habitualmente presentes á nuestro espíritu:

1.^o *El pensamiento de la muerte...* «Será como un lazo que caerá sobre todos aquellos que habitan sobre la superficie de la tierra...» Extendidos están por todas partes los invisibles lazos de la muerte: ninguno puede escapar de ellos, y nosotros 'somos cogidos en ellos en el tiempo, en el lugar, en la ocupacion en que nos creíamos mas seguros. *Velad, pues*, y considerad cada dia como el último de vuestra vida: empleadlo como querriais haberlo empleado si fuese el último; acaso lo es de hecho. Si no es este, es una gracia que Dios os hace. Continudad á considerar así cada dia, que seguramente vendrá uno en que no os engañaréis, y ciertamente será el último.

2.^o *El pensamiento de la eternidad...* La miseria de los pecadores será eterna, eterna será la felicidad de los justos; el tiempo es nada, la eternidad es todo. Quanto sucede en el tiempo va á abismarse en

la eternidad y á tomar allí su puesto. Todas vuestras acciones se enderezan á la eternidad, sin que alguna pueda ser circunscrita del tiempo. Decid, pues, en todo lo que haceis: lo que hago yo es para la eternidad. De hecho, si vuestra accion es buena, y hecha con una santa intencion, es para vosotros un mérito para la eternidad; si es menos buena y menos bien hecha, es una disminucion de mérito para la eternidad; si es vana é inútil, es una pérdida para la eternidad; si es gravemente mala, es contra la ley de Dios, es un demérito para la eternidad; y si morís en este estado sin haberla reparado con la penitencia, es una reprobacion cierta, es un suplicio que padeceréis por una eternidad. ¡Oh eternidad donde ha de terminar todo, si no te perdiésemos de vista, qué vigilancia, qué fervor no nos inspiraria este pensamiento!

3.º *El pensamiento del juicio...* Vosotros estais en todo lugar, debajo de los ojos de vuestro Juez; pero vosotros no lo veis, y su presencia invisible no os causa algun temor; ¿cómo viviríais vosotros si lo viéseis? Vendrá un dia en que será necesario comparecer delante de él; esto es, ser vistos de él, y verlo á él, y darle cuenta de toda vuestra vida. ¡Ah Señor! ¿quién podrá sostener esta vista? ¿Quién podrá ser digno de comparecer delante de vuestros ojos? ¡Miserable de mí! ¿qué he hecho, pues, hasta ahora para hacerme digno?...

PUNTO III.

De lo que debemos hacer para mantenernos vigilantes.

San Marcos y san Lucas acaban aquí el discurso particular que el Salvador hizo á los cuatro Apóstoles que le habian preguntado sobre el tiempo de la ruina del templo; pero san Mateo pasa mas adelante, y lo continúa, como veremos en las siguientes meditaciones. San Lucas observa que, despues de haber enseñado el Salvador todo el dia en el templo, se retiraba á la tarde con sus discípulos sobre el monte de las Olivas, ó sea para entretenerse particularmente con ellos, ó sea para ir á pasar la noche á Betania, situada sobre lo alto de la montaña, y que el pueblo iba por la mañana al templo para oirlo y aprovecharse de sus instrucciones. «Y Jesús estaba por «el dia enseñando en el templo, y por las noches salia y demoraba «sobre el monte llamado Olivete... Y todo el pueblo iba bien tem- «prano por la mañana al templo para oirlo...» Esto es cuanto habia sucedido en estos tres últimos dias, desde el triunfo del domingo,

hasta la tarde de este dia, que era el martes. De esto podemos tomar ejemplo de cuanto debemos hacer cada dia.

1.º *Por la mañana*, á ejemplo de este pueblo, debemos desechar la pereza, y apresurarnos á ir á ofrecer á Dios nuestros homenajes con la oracion: escuchemos las instrucciones de Jesucristo en la meditacion; vamos al templo para unirnos á los fieles y asistir al santo sacrificio.

2.º *En el discurso del dia...* «No olvidemos cuanto hemos aprendido en la oracion: llamemos de tanto en tanto á nuestro espíritu «las verdades que nos han hecho fuerza en la meditacion: conservémonos en el recogimiento: evitemos el demasiado cuidado y solitud, y la disipacion en nuestras acciones, y acordémonos de vuestras resoluciones...»

3.º *Á la noche...* Retirémonos con Jesucristo: démosle cuenta de nuestra conducta, pidámosle perdon de nuestras culpas, escuchemos las tiernas reprensiones que nos hará y los saludables avisos que nos dará, y despues de haberle suplicado que nos dé su bendicion, vamos á tomar nuestro reposo para preparar nuestras fuerzas, firmemente resueltos á pasar mejor el dia siguiente, si nos lo querrá conceder.

Peticion y coloquio.

¿Es esto por ventura lo que yo hago todos los dias? Y ciertamente, ¿qué necesidad no tengo de velar sobre mí mismo y de implorar incesantemente vuestro socorro, ó Dios mio, sin el cual nada puedo? Os lo pido, ó Señor; no me lo querais negar, para que yo camine siempre en vuestra presencia, para que haga todas mis acciones del modo que deben presentarse á vuestro tribunal, y para que en todo lo que haga piense solamente en agradaros á Vos, como á mi soberano Juez, á mi Rey, á mi Salvador, á mi Dios... Amen.

MEDITACION CCLXX.

PARÁBOLA DE LAS DIEZ VÍRGENES.

(Math. xxv. 1-13).

1.º La vida presente es el tiempo de la prudencia; 2.º la muerte y el juicio no son el tiempo de la preparacion; 3.º la puerta del cielo cerrada una vez para alguno, ya no se abre jamás.

PUNTO I.

La vida presente es el tiempo de la prudencia.

1.º *El destino de estas vírgenes...* «Entonces será semejante el reino de los cielos á diez vírgenes...» Esto es, en el último dia sucederá una cosa semejante á lo que sucedió á diez vírgenes, que son el sujeto de esta parábola. Estas vírgenes estaban escogidas y destinadas para acompañar al esposo y á la esposa en la sala de las bodas, y participar del convite. Es claro que este esposo es Jesucristo, la esposa su Iglesia, la sala el cielo, el convite la posesion de Dios, y las diez vírgenes todos los cristianos, convidados á las bodas del Cordero y de la Esposa, y al convite eterno de esta divina union. Bien que en un sentido los cristianos sean esta Iglesia, y nuestras almas sean las esposas de Jesucristo; esto no obstante, como cada uno en particular puede romper esta alianza, y las divinas bodas no dejarán de celebrarse sin él, debemos en esta parábola mirarnos solamente como convidados á las bodas del Esposo divino. Puede cada uno imaginarse cuál era en esta ocasion la satisfaccion de las diez vírgenes convidadas á una pompa tan brillante, y escogidas para tener allí un puesto distinguido. Así puntualmente debemos nosotros estimarnos dichosos de ser cristianos, destinados para el cielo, donde gozaremos todos los bienes en las delicias de una fiesta eterna. Pero ¡ay de mí! ¿pensamos con frecuencia en esta augusta suerte?

2.º *Sus comunes disposiciones...* «Estas diez vírgenes, habiendo «tomado sus lámparas, salieron al encuentro al esposo y á la esposa...» Esto es, se fueron á la casa de la esposa para esperar al esposo, é ir con la esposa delante de él luego que llegase. Era costumbre que la noche de las bodas el esposo, acompañado de unos jóvenes, iba á buscar á la esposa, y la conducía á la sala del convite; y que las jóvenes doncellas, compañeras de la esposa, llevando sus lámparas encendidas, caminasen á la frente del cortejo, é hicie-

sen luz. Hé aquí bajo qué bella imágen pinta Jesucristo su última venida, que será tan terrible para sus enemigos, y de tanto consuelo para su Iglesia, cuando acompañado de sus Ángeles volverá sobre la tierra á coger su Esposa, acompañada de vírgenes; esto es, de todas las almas justas, y la conducirá á la casa de su Padre, en la habitacion eterna de la felicidad y de la gloria. Bajo de esta idea debemos nosotros representarnos frecuentemente aquel último dia para ejercitar nuestra esperanza y encendernos del amor que merece un tan noble Esposo. Examinemos ahora qué es lo que hacemos nosotros para ser de este número. Estas diez vírgenes toman sus lámparas encendidas, se van á la casa de la esposa, allí esperan al esposo; hasta aquí todo va bien ordenado... Nosotros hacemos como ellas: estamos en casa de la esposa, en la verdadera Iglesia: nuestra fe es pura y sincera; ella es la lámpara encendida: creemos cuanto cree la Iglesia, y condenamos cuanto ella condena. Acaso tambien le somos adictos en modo particular, y estamos singularmente consagrados por nuestra separacion del mundo y por la profesion de una vida mas regular. Estas son ya grandes ventajas, prósperos principios y buenos fundamentos, de que jamás daremos bastantes gracias al Señor. Pero no es esto ya todo, ¿cómo proseguimos nosotros?... Sigamos la parábola, y aprovechémonos de sus instrucciones.

3.º *La necedad de las unas y la prudencia de las otras...* «Pero cinco de ellas eran necias, y cinco prudentes. Y las cinco necias, «habiendo tomado sus lámparas, no llevaron consigo aceite; las prudentes, pues, juntamente con las lámparas, llevaron el aceite en «sus vasos...» La precaucion era sábia; la ceremonia podia ser larga; el esposo podia hacerse esperar largo tiempo, y las lámparas deben estar prevenidas para durar todo el tiempo. ¿Cómo, pues, no hicieron estas reflexiones cinco de las vírgenes? ¿Por qué á lo menos, cuando vieron la precaucion de las otras, no la tomaron tambien ellas? Pero no; miraron esta precaucion como inútil y superflua, y aun acaso se burlaron de las que la tomaban... Así justamente vemos los pecadores y los tibios burlarse de los justos y fervorosos. Estos no creen haber hecho jamás bastante, ni haber tomado suficientes precauciones para hallarse preparados á la venida del Esposo. Oracion, meditacion, exámenes, penitencias, frecuencia de Sacramentos, buenas obras de toda especie, modestia, recogimiento, huida aun de las mas mínimas ocasiones, y deseo de adelantarse cada dia en el conocimiento y en el amor de Dios; hé aquí cuál es